

LA ESTRUCTURA DE LA ORACIÓN LITÚRGICA¹⁰

La estructura de una oración en común, o celebración litúrgica, es la estructura misma de una acción cuyo resultado debe ser un intercambio, un intercambio entre dos seres, pero en el cual es uno de los dos el que tiene la iniciativa y el que busca suscitar en el otro una respuesta. Es esto lo que trataremos de desarrollar ahora.

La intervención de Dios se hace bajo la forma de una proclamación de Su Palabra, la de la asamblea bajo la forma de canto común o de una oración resumida, reunida en la oración de uno solo que reza en nombre de todos. Retomemos cada uno de estos elementos para desarrollar su significación.

Primera parte: Dios nos habla

Dios nos habla por la proclamación de Su Palabra. No he dicho: lectura de textos, sino proclamación de Una Palabra. Retomemos estos términos.

a) Proclamación, es decir: es un acto vivo que tiene por fin hacer existir, dar vida a una palabra, actualizar... Es un acto análogo al del actor, que no lee un papel, sino que hace existir a un personaje y, hablando, da cuerpo a su palabra, presta su humanidad y su vida a esa palabra para que ella alcance al auditorio y que éste la reciba como palabra de Macbeth o como palabra de Ana Frank, etc.

Precisemos otro punto. No se lee *ante* un auditorio, se *proclama a un interlocutor la Palabra de Dios*. Ese es el ideal.

¿Es esto posible? Es en la simplicidad humana del tono, en una expresión correspondiente al texto, que se encontrará el modo de hacerlo. Pero esto exigiría, por cierto, una preparación del texto.

b) Proclamación de la Palabra de Dios

Esto supone que el que lee el texto y el que lo escucha, lo hagan con la convicción de que Otro habla ese texto y pide que el corazón escuche. La Biblia es más una Palabra que un libro: detrás de páginas aparentemente impersonales, detrás de una historia, es Dios quien ha intervenido y quien por esta intervención ha dicho alguna cosa que vuelve a decir hoy.

Es esta convicción de que el Señor habla, la que explica el ceremonial que rodea el canto del Evangelio en la Misa. Así entendida esta proclamación, es necesario estudiar el porqué.

1. La proclamación de la palabra de Dios crea la asamblea

a) ¿Qué quiere decir esto? En una celebración litúrgica hay varios cristianos reunidos: muchos o pocos, pero en todo caso, varios. Ellos pueden estar ahí y permanecer yuxtapuestos: ellos están juntos en el mismo lugar, oyen las mismas palabras, dicen las mismas oraciones, pero todo esto

¹⁰ Artículo publicado en la Revista "Forma Gregis". Primer trimestre 1969. Traducido por Sor Ma. Leticia Riquelme, osb, Abadía de Santa Escolástica (Argentina).

puede ser una simple coexistencia, una asamblea en estado bruto, sin ningún sentimiento de comunión, sin unanimidad.

Es necesario por el contrario que ellos *se sepan* reunidos, sepan que no es a cada uno por separado sino a todo el conjunto que Dios se dirige, y que El espera de ellos una respuesta común, no una aglomeración de respuestas individuales, sino *una sola respuesta* en la cual ellos serán unánimes.

b) ¿Por que debe ella hacerlo?

En otros términos, ¿por que debemos alcanzar esta comunión, esta unanimidad? ¿por qué rezar “en comunidad”?

Es porque el interlocutor con el cual el Dios de Jesucristo desea entrar en diálogo, no es cada hombre aisladamente, sino que es la familia de los hijos de Dios: son sus hijos todos juntos.

Para ilustrar esta afirmación, sería necesario recordar cuál es la intención de Dios, cuál es su plan:

- 1) El plan de Dios es tener fuerza de imagen de si mismo que le responda y si una imagen de si mismo que le responda y que Él asocie a su Gloria.
- 2) Ahora bien, la humanidad está disgregada, dislocada, dividida.
- 3) Cuando Dios retoma la obra en Abraham, el va a entregarse a una obra de reunión, crear una humanidad nueva, que será constituida por los hombres que participan juntos de su vida.

En una palabra, Dios desea realizar fuera de si una imagen de esa propia imagen substancial que Él lleva en el seno de su Trinidad, y que es el Verbo, el Verbo que dice al Padre lo que Él es.

Esta intención, o este plan, Dios lo realizará perfectamente, y a la escala de la humanidad en el cielo. Esperando esta hora, él la realiza en anticipaciones, es decir en asambleas que son las comunidades cristianas en oración, alrededor de la Eucaristía. Las realiza en anticipaciones por dos razones: ante todo porque ese plan no es realizable en las condiciones terrestres de dispersión geográfica e histórica sino en comunidades a nivel humano; por otra parte porque Dios desea mostrar de modo visible, cómodo, que lo que busca no es solamente el reencuentro con los individuos, sino la reconstrucción de su familia. Es además esto, que la pastoral actual muestra que el fin visible del apostolado de la Iglesia es la reunión de los cristianos en torno a la Eucaristía.

c)¿Cómo lo hace?

La proclamación de la Palabra de Dios crea la asamblea repitiendo la *convocación de Dios*, el llamado de Dios a venir junto a Él (podríamos recordar aquí la alegoría del Buen Pastor que llama a sus ovejas, y de quien ellas conocen la voz).

Pero la proclamación de la Palabra de Dios repite el llamado de Dios en forma diferente:

- sea repitiendo explícitamente su plan
- sea diciendo, cómo Dios ha descrito a las primeras comunidades cristianas, cómo es necesario vivir para entrar en ese plan, Pues las Epístolas y Evangelios han sido escritos para comunicar ese plan a iglesias particulares y a la Iglesia entera.

Así, esta proclamación tiene por *fin* provocar una especie de centella, de flash de magnesio que haga redescubrir lo que tenemos en común por el hecho de que somos interpelados por un mismo llamado, hacia una misma posesión en común de la herencia de Dios.

Es necesario notar, evidentemente, que para que la proclamación de algunos versículos de la Biblia *recuerde* todo esto, se necesita una formación cristiana de tipo bíblica, es decir, que se haya hecho sangre en nosotros esa convicción de que Dios trabaja a través de la historia para reunir a todos los hombres en la comunión de sus bienes personales.

II. La proclamación de la palabra de Dios tiene por fin suscitar el diálogo con nosotros

A Dios se le plantea un problema: establecer un intercambio con la familia de sus hijos, de aquellos que Él ha adoptado a imagen de Jesucristo. Un intercambio en el que cada uno se sepa en relación directa con Él y en el que cada uno sepa que son todos juntos los que entran en relación con Él.

Para esto, es necesario realizar una condición: es necesario que Dios hable, diga su promesa. Para que un diálogo se establezca entre dos seres de los cuales uno toma la iniciativa y el otro responde, es necesario que el primero se manifieste, se diga. Es necesario también que lo haga de un modo comprensible, en el lenguaje del otro. Es por eso que Dios en Jesucristo, y en sus profetas ha como aprendido nuestro lenguaje. Es el fin de la Palabra de Dios en la Primera parte de la Misa y en toda celebración común, Dios nos dice el don de Dios, el camino para entrar en su posesión... (Esta palabra debe ser explicada para tal comunidad por una predicación). Así es como fue en la misa que san Francisco de Asís escuchó el llamado de Dios a través del Evangelio. Y tendríamos otros ejemplos.

Hemos perdido el sentido de la importancia de esta proclamación: sin embargo tiene un valor en sí: es una parte de la misa que podría ser separada (ella existe por sí misma en el oficio sinagoga, por ejemplo y en el culto de los protestantes) Esta idea reposa sobre la idea de que la Palabra de Dios es el Pan que nutre la fe, la esperanza y el amor (ver la primera parte del cap. VI de san Juan: el Pan vivo descendido del cielo es Jesucristo, Palabra de Dios que alimenta la fe).

Segunda parte: nuestra respuesta a Dios, o la intervención de la asamblea

La oración, en sentido general de petición, de alabanza, de admiración, de deseo, de adoración, etc. es en el cristianismo, *esencialmente una respuesta* a Dios que ha hablado. Es la propiedad de la oración cristiana. No sucede lo mismo en todas las religiones.

Por ejemplo, en las religiones griegas, la oración es una iniciativa del hombre que tiende a volver a su Dios hacia sí mismo, a interesar a Dios por el hombre: ella espera de Dios una respuesta.

En el cristianismo es objetivamente (no siempre psicológicamente), lo contrario. ¿Por qué? Porque es el Dios de Jesucristo quien ha tomado la iniciativa: “Él nos ha amado primero”, Él ha hecho su promesa: Él propone al hombre una nueva existencia.

En consecuencia estamos “pre-venidos”, aventajados, no podemos más que responder, en ese diálogo. Psicológicamente, tenemos a menudo la impresión contraria. Sea por que vamos a Dios sin abordarlo en una mirada de fe, y entonces sin ver en Él al Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ofrece la suerte de Jesús: nos olvidamos que el Dios al cual vamos nos ama, nos espera y nos llama. Sea también porque que a veces Dios se calla para obligarnos a un grito, para obligarnos así a hacer la experiencia de lo que es la vida sin Él.

Esta respuesta es, en el sentido etimológico de la palabra, una *eucaristía*.

La Palabra ha sido reservada para la Misa. Pero en el lenguaje de los primeros cristianos es mucho más amplia y significa: respuesta, a Dios, que manifiesta su favor, su gracia. El verbo “eucaristiar” expresa el tipo de reacción pedida al alma cristiana por Dios que muestra su amor: por consiguiente la alabanza, la adoración, (pues, por su amor, Dios manifiesta así su trascendencia), el gozo, el silencio, el deseo de entrar en posesión de lo que promete su amor, etc.

La utilización de la Biblia

¿Por qué esta respuesta es en base a la Biblia, en base a expresiones bíblicas, a salmos, a textos semejantes?

Es una objeción que detiene a mucha gente, que no se siente a gusto en esta oración. La razón es que aquí es normal que sea Dios quien compromete el intercambio y sugiere o dicta la respuesta.

Un ejemplo nos ayudará a comprender. Tomemos el caso de la adopción: Padres franceses adoptan un niño húngaro. El problema que se plantea a los padres que desean adoptar un hijo es que este extranjero pueda llegar a ser su hijo, es decir, lograr lo que el nacimiento opera en los demás. Es necesario que por instinto, él ame a sus padres, pero también desarrolle lo más profundo de sí mismo bajo la mirada y en la presencia de sus padres, y no desarrolle reflejos contrarios, de oposición. Es esta la angustia de los padres adoptivos, pues la adopción fracasaría: no habrían tenido *un hijo*, no habrían dado un padre y una madre a ese niño.

Para llegar a esto, es necesario:

1) si el niño es extranjero y ya de bastante edad como para que hable su lengua materna, que los padres aprendan su lengua (no solamente el vocabulario, sino toda la substancia psicológica transmitida por las palabras).

Es necesario esto para que los padres puedan comprender su propio lenguaje, comunicarle no solamente sus palabras, sino también sus ideas, su concepción de la vida, las cosas a las cuales ellos son sensibles, etc... Pues es en la comunión de todo esto que el niño llegará a ser su hijo. Sólo el amor puede hacer esto y suplir lo que habitualmente realiza la naturaleza.

Y es esto lo que Dios ha realizado en la encarnación. Él ha aprendido nuestro lenguaje, para que nosotros aprendamos el suyo.

2) También es necesario que los padres enseñen al bebé su lenguaje. Pensemos en el hermoso significado de la palabra “lengua materna”. Lo cual significa que los padres entreguen al niño la posibilidad de comunicarse con ellos, y los valores en los cuales él podrá comulgar con ellos.

Así hace Dios: a partir del momento en que desea un intercambio con nosotros, debe enseñarnos a hablarle, más allá de las palabras, es decir a enseñarnos a desear lo que hace su vida, a admirar lo que es su gloria, a pensar lo que es su pensamiento. En la amistad o en el amor, es suficiente manifestarse. Pero en un intercambio entre dos seres tan desiguales, es necesario que el que toma la iniciativa, enseñe al otro a conducirse, a pensar como él. Él entrega entonces su alma, para que el interlocutor pueda comunicarse con él. “Nosotros no sabemos qué pedir, el Espíritu Santo gime en nosotros con gemidos inenarrables” (*Rm 8*).

Dios lo hace en dos tiempos:

- Él hace de antemano hacer a los hombres la experiencia de su vida, de su visión de las cosas, de sus opciones, etc... Esos hombres son los profetas, y sobre todo Jesucristo, los Apóstoles.
- Luego Él nos hace entregar esta experiencia humana de su vida divina, para que podamos asimilarla más fácilmente.

Entonces, al comienzo, esta oración nos es un poco extraña... pero ella nos *entra progresivamente* y forma nuestro corazón de hijos, sobre todo porque esta oración está, no solamente inspirada, sino acompañada, dicha en nuestro corazón por el Espíritu Santo que la reengendra en nosotros.

Vemos por dónde esta oración crea la comunidad. Hemos visto que el llamado de Dios creaba la comunidad, pero la respuesta a Dios también la crea. Pues es la misma oración que crea el mismo corazón de hijo en cada uno, y crea entonces un “alma común, un corazón único”.

En la Misa, esta oración se concentra en la persona de Jesucristo, el Hijo Primogénito que responde en nuestro lugar, y a la respuesta de quien estamos asociados. Nos asociamos a Su *Eucaristía* personal.

La utilización del canto

Sería necesario ahora, notar en esta respuesta, el lugar y el sentido del canto. Veamos cuáles son las razones de su importancia:

Consideremos ante todo las palabras. La palabra “salmo” viene de “psallere”, cantar. San Pablo aconseja a menudo celebrar a Dios en “hymnis et canticis spiritualibus cantantes Deo”. En el cielo, dice el *Apocalipsis*, los que están en presencia de Dios cantan.

¿Por qué se da una tal importancia al canto?

1) Porque el canto es la respuesta del *corazón*, es por el canto que el corazón habla “cantare amantis est” (S. Agustín).

Lo que Dios espera es esta respuesta del corazón, es decir, de lo más profundo de nosotros mismos. Recordemos la lucha de los profetas y de Cristo contra la concepción farisea del culto, en la cual la respuesta a Dios corría el riesgo de ser principalmente exterior. Pero el corazón se expresa mal por palabras habladas. El corazón se expresa por el silencio, por el sufrimiento y por el canto. Por el canto, es decir, no solamente por palabras sino por una música que transfigura las palabras. Espontáneamente, todo corazón que ama, canta.

2) Porque en el canto es con todo el ser, el alma, la inteligencia, la sensibilidad y el cuerpo, que se reza. Se vibra en todo el ser en el canto. Ahora bien, la participación corporal en la oración ayuda a rezar y hace pasar la oración al alma.

3) El canto crea una comunidad, porque *funde* los corazones y los espíritus, dándoles la experiencia de que sus voces están *mezcladas*, y porque permite mostrarse mutuamente que se vibra ante las mismas realidades, el mismo llamado.

Conclusiones

I. El carácter dinámico de una celebración

Un intercambio es un devenir, no está hecho de una sola pregunta y de una sola respuesta, y por tanto de un solo estudio, sino de un intercambio de palabras y respuestas que provoca nuevas palabras que requieren otras respuestas. Sería interesante analizar, en este sentido, el capítulo IV de San Juan, pues en el curso del encuentro de Jesús y la samaritana, es por las palabras de Jesús y las respuestas de esta mujer, que poco a poco Nuestro Señor la conduce a rezar, a pedir.

Una celebración es una especie de *ascenso progresivo* hacia la verdadera oración, la verdadera petición y la verdadera fe, por una sucesión de intercambios más y más al unísono.

Así, una celebración es un diálogo, una conversación en el curso de la cual Dios habla y nosotros respondemos, sucesivamente, hasta la comunión más interior. Es por eso también, que una celebración bien hecha debería ir acompañada de actitudes diversas: se espera que Dios hable, se hace silencio, cuando habla se lo escucha sentado, se le responde de pie, etc...

II. Para poder rezar en una celebración litúrgica es necesaria una cierta formación bíblica

Es necesario introducir allí la importancia de la lectura personal de la Biblia y de su meditación.

III. Relaciones entre la celebración común la oración personal

Señalaremos simplemente dos:

- 1) *estructura* idéntica de la oración personal y de la celebración litúrgica.

En la oración personal como en la otra se debe esperar a que Dios hable, es decir, hacer silencio, pedirle que nos hable al corazón. Luego Dios nos habla. Este es el lugar de la *lectura de la Biblia*, o de la meditación de un *texto* bíblico a través del cual Dios nos va a hablar.

En fin, respondemos a Dios, nos dejamos hablar en nuestros corazones, siendo suscitada nuestra respuesta por la Palabra de Dios mismo. Estos tres tiempos de la oración personal, son, como vemos, los tres tiempos de toda oración litúrgica.

- 2) influencia, de la oración litúrgica sobre la oración personal.

La celebración litúrgica debe engendrar la oración interior, durante el curso mismo de esta celebración común. Ella puede hacerlo, a causa de sus condiciones de realización porque está hecha en común, porque es una oración que integra elementos corporales, porque es cantada, puede ayudar y despertar una oración personal.

Por otra parte, la celebración común debe normalmente resonar enseguida en el corazón, creando una necesidad de silencio y de oración individual.